

ECO DE ORIENTE

Trisemanario - Sale los martes, jueves y domingos

Número suelto \$ 0,02
Atrasado 0,03
Serie de 10 Nros. . . . 0,20
Suscripción anual . . . 1,50
id por trimestre . . . 0,50

Director, Ls. M. M. DIERES MONPLAISIR

Administrador, Avelino Ruiz V.

Administración:

Imprenta San José

Dirección Telegráfica:

«ECORIENTE»

AÑO III]

Villavicencio, Noviembre 19 de 1918—Número 259

[SERIE 26



Lamentamos profundamente la muerte del señor Juan B. Acuña ocurrida el 17 de los corrientes a las 10 y 30 p. m. Reciba su atribulada familia, la expresión del sentimiento con que, amigos sinceros, la acompañamos en su irreparable duelo.

La Imprenta de San José

hace saber a su clientela que los talleres se cerrarán, como de costumbre, del 15 del entrante al 15 del próximo mes de enero.

Se ruega a las personas que tuvieren necesidad de algún trabajo, con ocasión del año nuevo, tener en cuenta esta disposición que exige la salud del personal después de 11 meses de intensa labor.

Telegramas

Cámara de Representantes.—Boletín 16 de noviembre de 1918.—Villavicencio.

Honor informarle Gobierno prorrogó sesiones extraordinarias Congreso por tiempo indispensable considerar proyectos importantísimos asuntos fiscales, los cuales habían sido aprobados en tercer debate por Cámara. Corporación resolvió, votó unánime continúe misma comisión Mesa actual.

Servidores,

A. DULCEY, TIRADO MACIAS, FELIPE RAMIREZ U.

Ministerio Instrucción P.—Ayer se hizo cargo de la cartera de Instrucción Pública el Doctor F. J. Insignares S.

EL FIN DE UN IMPERIO

Tomamos de El Nuevo Tiempo.

El 4 de agosto de 1914, el Kaiser, en medio del delirio del pueblo de Berlín, desde un balcón del Palacio imperial dijo a un Regimiento que pasaba, con banderas desplegadas:

“Antes de que caigan las hojas de los árboles estaréis victoriosos de vuelta en vuestros hogares.”

Y en el otoño de este año, entre las hojas muertas que caen, bajo la desolación de un cielo triste, el Kaiser sale de su Palacio, pero no entre aclamaciones de triunfo, al son de músicas guerreras, sino en fuga, ante la indignación que ruga en las calles, para esconderse en un girón de tierra que quiso hollar en sus días de soberbia, para salvar la vida que no fue capaz de rendir, lidiando como bravo, con la espada en alto, en carga desesperada y heroica, junto a los soldados a quienes mandó a la matanza. En Sedán, cuna de su Imperio, donde el último Napoleón entregó su espada vencida, y en donde los aliados dieron ayer la última carga, ha debido buscar la muerte, y con la suya, la de la Monarquía de los Hohenzollern. Empujó a otros a la carnicería, a la carnicería más espantosa que registran las naciones, y en el momento grande y decisivo de su vida, cuando el mundo tenía fijos los ojos en él, prefirió salir tal vez por una puerta oculta, avergonzado de sí mismo, en el ocaso más triste de una existencia de Rey. Así, hace cuatro siglos, salió de su Reino un moro, el que no supo

defender como hombre el trono de su dinastía.

¡Qué contraste entre el último Rey de Prusia y el Rey Alberto de Bélgica! ¡En medio de qué esplendor se alza el uno, y entre qué sombras—que más y más se ennegrecen—se hunde para siempre el otro, que hace días no más pretendía empuñar el cetro del mundo! Ante millones de soldados, ante la máquina de guerra más formidable que conmovió el suelo de Europa, no se inmutó un instante el Rey de Bélgica, y al frente de un puñado de bravos cruzó su espada en el camino y dijo: “No se pasa.” Pasaron, abatieron fortalezas, destruyeron ciudades y aldeas, incendiaron universidades y bibliotecas, fusilaron sin piedad, se dio muerte a ancianos, mujeres y niños, sólo para inspirar terror, y el Rey vencido, en retirada gloriosa, sin volver la espalda a la muerte, fue a organizar en tierra amiga los despojos de sus batallones, diezmados por la metralla, y ha vuelto animoso a la patria, conquistando palmo a palmo la tierra que ayer la fuerza brutal hizo esclava, pero a la que mañana saludará otra vez el mundo como pueblo libre, ennoblecido por su martirio y grande por su heroísmo. ¡Qué contraste! Entre tanto el otro Monarca va—el que retó al mundo—en carrera vertiginosa, huyendo de su sombra y atormentado por el grito implacable de la conciencia.

Nunca, por la soberbia de un hombre, se había presenciado un suicidio colectivo de proporciones más espantosas que el que contempla hoy el mundo. Alemania había llegado al pináculo del poderío y de la grandeza. Sus barcos mercantes y de guerra recorrían todos los mares; sus fábricas estaban abastecien-